

EL SEGUNDO FESTIVAL DE MUSICA LATINOAMERICANA DE CARACAS

por

Domingo Santa Cruz

El 19 de marzo último, en forma oficial y solemne, fue inaugurado en la ciudad de Caracas, en el anfiteatro "José Angel Lamas" y por la Institución que lleva su mismo nombre, el segundo torneo destinado a confrontar la producción musical de América Latina y a ofrecer en primera ejecución las obras que fueron premiadas en un Concurso internacional de música sinfónica dedicada con exclusividad a los compositores de nuestros países. Como gesto de confraternidad, el Festival se inició con una "Fanfarria" del norteamericano Aaron Copland y uno de los programas estuvo igualmente dedicado a composiciones correspondientes a los Estados Unidos de Norteamérica. El Festival consistió en nueve conciertos ejecutados por la Orquesta Sinfónica de Venezuela, el último de los cuales se dedicó a las composiciones premiadas en el Concurso. De estos conciertos, aparte de algunas pasajeras actuaciones de Jacobo Ficher (Arg.). Aaron Copland (EE. UU.) y Comargo Guarnieri (Br.) de sus propias obras, seis estuvieron bajo la batuta de Jascha Horenstein y los tres últimos, del maestro mexicano Carlos Chávez. Dicho sea de paso, el resultado de los conciertos dirigidos por Chávez estuvo en todo momento por encima del obtenido por el director que lo antecedió.

Con extraordinaria generosidad, la Institución "José Angel Lamas", presidida por quien es alma y vida de estos Festivales, el doctor Inocente Palacios, contando con la colaboración del Gobierno de su país, invitó a Caracas a treinta y cinco músicos procedentes de doce países americanos y de algunos europeos, en su mayoría compositores. Este gran número de invitados que presenció el desarrollo del torneo permitió por segunda vez la constitución de un verdadero congreso que, sin demasiado formulismo, realizó nuevamente el hecho, que antes era desconocido en nuestra historia, de dar oportunidad a los músicos de América de conocerse personalmente, de escuchar sus obras y de convivir un tiempo suficientemente largo, como para que las relacio-

nes que se crean signifiquen un verdadero aprecio recíproco y permitan un intercambio de ideas de utilísimas consecuencias. La República de Venezuela, así, con el impulso magnánimo del doctor Palacios y de sus compañeros, da un ejemplo a todos los países del continente. Ha sabido colocar, entre las iniciativas que permiten un extraordinario florecimiento económico, a las actividades del espíritu y en especial la música, en un grado muy alto de apoyo y fomento.

El Festival recién pasado mejoró muchos aspectos y perfeccionó la experiencia del Primer Festival, verificado también en Caracas, a fines de 1954. El Concurso de composición tomó ya un giro en todo semejante al que siguen muchos torneos similares; la concurrencia de músicos estuvo esta vez mejor equilibrada y pudimos apreciar también mejor el significado de cada una de las tres o cuatro zonas en que se reparte el movimiento musical americano. La Asociación Interamericana de Música, nacida como consecuencia del Primer Festival y no bien perfilada en los años siguientes, apareció ahora con fisonomía más clara, y los elementos directivos de la Institución Lamas, confirmados a la cabeza de ella, declararon estar resueltos a continuar en su labor de líderes que, inevitablemente, se espera de quienes han hecho ya favores de tanta magnitud a la música de este hemisferio.

Frente a estos aspectos positivos, los directores de la Institución Lamas deberán reconsiderar la estructuración del Festival en algunos aspectos importantes, tales como la composición de los programas que lo integran y la selección misma de las obras. Así también, variar la fisonomía exclusivamente sinfónica del Festival, que coloca a la Orquesta de Venezuela en un compromiso casi imposible, si se atiende al número de primeras audiciones y al número de los conciertos. Si el Festival está destinado a presentar un panorama lo más completo posible de la música de América, la base de selección debe concentrarse en la producción reciente y tal vez abastecerse exclusivamente del concurso, como se hace en muchos países. Tampoco parece indispensable que aparezca un criterio de repartición geográfica, si no está plenamente justificado por la calidad de las composiciones. El Festival de Caracas ha atraído ya la atención del mundo y, como en él vamos a ser juzgados, nuestro primer deber es el de exhibir lo mejor que tenemos, aún cuando deba quedar fuera algún autor o algún país que, por eso mismo,



Santa Cruz, Ginastera, J. B. Plaza, Copland y Chávez, miembros del Jurado del Concurso de Composición Sinfónica, organizado junto con el Segundo Festival de Música Latinoamericana, por la "Fundación José Angel Lamas", de Caracas.



Proclamación de los Premios del Concurso. El Presidente de la "Fundación José Angel Lamas", doctor Inocente Palacios, en la apertura de los sobres, cuando se da a conocer los nombres de los compositores agraciados con los premios del Concurso. Se encuentran presentes: Alejo Carpentier, Domingo Santa Cruz, Juan Bautista Plaza, Carlos Chavez, Enrique de los Ríos, Inocente Palacios (de pic), maestro Pedro Antonio Ríos Reyna, Aaron Copland, Alberto Ginastera y organizadores del Festival.

se esforzará en superarse. Ya se ha hablado de que el Tercer Festival se extenderá a la música de cámara; puede decirse que hubo una recomendación unánime en este sentido, ya que no sólo razones estéticas y prácticas aconsejan esta innovación, sino por que en la producción latinoamericana es de gran significación el género de la música de cámara. Tal vez en un futuro se encontrará la manera de extender los programas hacia los oratorios y el teatro lírico y, así, el Festival de Caracas, como los de Venecia y los de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea, representará la producción completa, en lo que se refiere al mundo americano.

Al hacer la presente reseña, me es necesario comenzar por las labores del Jurado, ya que me cupo el honor de formar parte de él en compañía de mis ilustres colegas Aaron Copland, Carlos Chávez, Juan Bautista Plaza y Alberto Ginastera. Al llegar a Caracas, a mediados de febrero, nos correspondió examinar un total de 107 partituras, enviadas bajo pseudónimo, tarea ardua que exigió gran dedicación y sesiones diarias durante muchos días. Nuestra impresión general de los envíos, fue favorable; la calidad musical superó nuestras expectativas. Muy diversas orientaciones acusaban las composiciones presentadas; en ellas vimos el reflejo de todas las tendencias actuales. Es un hecho curioso que numerosos envíos llegaron a Caracas con obras de significado literario, a veces con música de programa, o composiciones con poemas previos, o largos epígrafes que las ambientaban. Nuestra selección no fue fácil y la unánime decisión final fue objeto de cuidadoso estudio y del deseo de descubrir lo mejor dentro de orientaciones estéticas diversas. La audición de las composiciones premiadas no defraudó nuestro juicio. Como se ha publicado profusamente, el Jurado concedió cuatro premios de igual monto (cinco mil dólares cada uno), dividiendo el gran premio "José Angel Lamas" entre Blas Galindo (México) por su Sinfonía, y Camargo Guarnieri (Brasil) por su "Chôro" para piano y orquesta, y otorgando el premio "Caro de Boesi" a Roque Cordero (Panamá) por su Segunda Sinfonía y el premio "Juan Landaeta" a Enrique Iturriaga (Perú) por su "Suite N° 1".

No podría omitir el hecho de que la preocupación y la dificultad de la labor realizada como miembro del Jurado tuvo múltiples compensaciones. La calidad musical y humana de mis colegas en él hizo de

esta labor una experiencia en todo momento atrayente. Por otra parte, la anticipación de más de un mes, a la llegada del resto de los invitados, nos permitió gozar de una más larga permanencia en Caracas y participar con creces de las innumerables y agradabilísimas atenciones que los invitantes, las autoridades del Gobierno, la Educación y la Universidad Central, los representantes diplomáticos y distinguidas personalidades ligadas a actividades culturales, periodísticas, etc., ofrecieron a los músicos que nos congregamos en Venezuela.

. . .

Los ocho conciertos en que consistió el Festival, sin contar el concierto de las obras premiadas, estuvieron formados por programas que combinaban obras de diferentes países; se varió así el procedimiento seguido en el Primer Festival. Un nutrido grupo de composiciones representó la producción venezolana. En esta muestra descollaron especialmente el "Concierto para Guitarra y orquesta", de Antonio Lauro, la "Elegía" para orquesta de cuerdas y timbales de Juan Bautista Plaza y la "Suite Caraqueña" de Gonzalo Castellanos. Venezuela, en general, se mueve todavía apegada a un ideal de diferenciación nacionalista que es común en la música oriunda del Caribe. La música, como todo lo que producimos, no puede escapar al sello de la geografía; no parece que sea necesario acentuarlo para alcanzar una especificidad que se limite a aspectos exteriores, rítmicos y melódicos, dentro de un lenguaje que, como el idioma castellano, nos viene en herencia común de Europa. De los países del norte se destacaron las dos obras premiadas en el Primer Festival de Caracas: la magnífica "Sinfonía N^o 3" de Carlos Chávez (México), dirigida por su autor, y las "Tres Versiones Sinfónicas" de Julián Orbón (Cuba), llenas de colorido y brillantemente orquestadas. A estas obras debemos agregar las "Tres piezas para Orquesta de cuerdas" de Rodolfo Halffter (México) y el "Concierto para flauta y orquesta" de Luis A. Escobar (Colombia). Brasil, que gozó de gran preferencia en el Primer Festival, estuvo representado ahora por repeticiones de obras muy conocidas de Villa Lobos y Lorenzo Fernández; el "Chôro", de Camargo Guarnieri, al que nos referiremos pronto, fue lo más novedoso procedente de esa nación.

Se oyó un concierto con música de los Estados Unidos de Norteamérica cuyo programa pudo también haber sido más novedoso. Samuel Barber, Roy Harris y Virgil Thomson estuvieron representados por composiciones muy difundidas en conciertos y grabaciones. El también muy conocido "Retrato de Abraham Lincoln" de Aaron Copland, siempre poderoso e impresionante, marcó la cumbre de este concierto.

Los países del sur ocuparon esta vez un lugar mayor que en 1954. Siete compositores argentinos fueron interpretados, dejándonos la impresión de un nivel parejo y de un oficio seguro. La excelente "Pampeana N° 3" de Alberto Ginastera y los "Corales Criollos" de Juan José Castro (ganadores éstos del gran premio José Angel Lamas del Primer Festival), impresionaron poderosamente junto a la "Sinfonía Breve" de Julián Bautista y a las "Variaciones sobre tema de tango" de Luis Gianneo. Del Uruguay se escuchó una obra excelente: la "Sinfonía N° 2" de Héctor Tosar, y de Chile, en una especie de perspectiva histórica, cuatro obras localizables en cada una de las cuatro últimas décadas: el poema sinfónico "La Muerte de Alsino" de Leng, los "Preludios Dramáticos" del que esto escribe, el "Tercer Soneto de la Muerte" de Alfonso Letelier, admirablemente interpretado por la soprano Fedora Alemán, y el "Jubiaeus Musicus" de Orrego Salas, la única en representar la producción más reciente de un autor de nuestro país.

El concierto final fue, hasta cierto punto, el juicio que el público emitiría acerca del fallo, ya que en presencia del Jurado se ejecutaron las obras premiadas. ¡Cuánto nos habría gustado haber escuchado una docena de las composiciones que pasaron por nuestro examen, además de las cuatro en que coincidieron nuestros juicios! El ejemplo de los concursos patrocinados por la Reina Isabel de Bélgica, en que los jurados fallan los premios después de escuchar tres o cuatro programas con obras preseleccionadas, debería ser la regla general. Las obras que premiamos, ciertamente, merecían la distinción; el único escrúpulo que a uno siempre lo asalta es pensar que la audición directa de algunas partituras habría podido hacer variar el fallo. Entre las obras mismas que premiamos idénticamente, surgió, a mi juicio, una jerarquía de valores después del concierto que las estrenó. La Segunda Sinfonía de Roque Cordero fue la que produjo una impresión más profunda.

Se trata de una composición en un solo movimiento, escrita en un lenguaje atonal próximo a la dodecafonía. Cordero adquiere con esta obra un renombre internacional; es ante todo dramática, tensa, podría emparentársela con el lenguaje de Alban Berg; la orquestación es sencilla, sin rebuscamientos coloristas, estrictamente lo indispensable para el contenido musical. Fue muy grata sorpresa para todos, ver aparecer una figura como la del actual Director del Conservatorio de Panamá, de un país que no nos había entregado ninguna obra de características tan fuertes. Junto a Roque Cordero, se destacó la Sinfonía de Blas Galindo, Director también del Conservatorio de México, compuesta de cuatro movimientos y escrita en un lenguaje contemporáneo muy depurado, sugiriendo en algunos momentos caracteres del folklore mexicano, pero todo ello dentro de un contenido estilístico muy musical. El movimiento lento de la Sinfonía de Galindo es un trozo de admirable maestría y de una belleza poco frecuente.

Enrique Iturriaga, del Perú, presentó su "Suite N^o 1", obra atractiva, muy bien realizada, elegante como suelen ser las composiciones un poco teñidas de sonoridad francesa, sazónada con algunos aires pentáfonos y ritmos hispánicos. Una bella música que, como lo sugiere el título, podría servir de excelente base para un ballet. La obra de Camargo Guarnieri, que lleva un nombre que Villa Lobos ha hecho ya famoso, "Chôro", nos puso en presencia de un breve concierto para piano y orquesta, fuertemente teñido de acento nacionalista y de expansiones sentimentales agradables al gran público, música que sabe donde va y que logra conquistar inmediatamente popularidad. Como solista, actuó Albert Ferber, pianista belga, a quien no conocíamos, interpretando la obra dirigida por el propio compositor.

. . .

El último Festival de Caracas proporcionó oportunidad también para algunas realizaciones importantes encaminadas a favorecer el intercambio entre los países americanos y el de éstos con Europa. Entre los invitados europeos, además del compositor español Joaquín Rodrigo y del compositor y musicólogo francés René Leibowitz, figuró el fundador del movimiento de las "Jeunesses Musicales" que nos visitó hace

algunos años, Marcel Cuvelier. La oportunidad de la presencia de Cuvelier fue aprovechada para crear la entidad venezolana, correspondiente de las "Jeunesses Musicales", y entroncarla a la Federación Internacional de este mismo movimiento, hoy presidida por el propio Marcel Cuvelier. En Caracas, asimismo, se constituyó durante los días del Festival, el "Comité Nacional Venezolano", correspondiente del Consejo Internacional de Música, a cuya primera sesión cupo asistir a Marcel Cuvelier y al que esto firma, en nuestras calidades respectivas de Secretario General y Presidente del C. I. M. A la cabeza del Comité Venezolano quedó el distinguido compositor Antonio Esteves, de quien no oímos obras esta vez, y como secretario general, nuestro compatriota, residente desde largo tiempo en Venezuela, Eduardo Lira Espejo.

Estas conexiones de tipo internacional se vieron reforzadas por la Asamblea General que celebró la Asociación Interamericana de Música, creada en Caracas en 1954. Con mayor sentido de la realidad y de los deberes que a todos nos corresponden, la Asociación fue modificada y nuevos Estatutos permiten hoy día esperar positivos beneficios para nuestro acercamiento, en particular en lo que se refiere a América Latina. El doctor Inocente Palacios, generoso mecenas de los Festivales, fue elegido Presidente de la Asociación, auxiliado por el maestro Pedro Antonio Ríos Reyna, Presidente de la Orquesta Sinfónica de Venezuela, como Vicepresidente, y del compositor José Antonio Calcaño como secretario general. Tres otras vicepresidencias fueron elegidas y recayeron en Aaron Copland, Blas Galindo y el autor de esta reseña. Un plan encarando algunos aspectos esenciales de nuestras relaciones, como ser el intercambio de informaciones, de grabaciones, de partituras y materiales, los encargos de obras, etc., fue unánimemente aprobado.

Aparte de estas actividades, la prensa de Caracas entrevistó constantemente a los invitados y se promovieron debates públicos en torno a problemas candentes, como el significado y empleo del folklore en la música de hoy, y otro tanto respecto de las escuelas dodecafónicas, acerca de lo cual oímos a René Leibowitz. La Universidad Central, a través de su Facultad de Humanidades, organizó un foro público sobre

la función de la Universidad en la enseñanza y difusión de la música, con miras al posible establecimiento de la Facultad correspondiente en dicha Universidad.

. . .

Como ha podido verse, el Segundo Festival de Caracas marca una nueva meta de progreso en el trabajo musical común de América: gracias a la iniciativa venezolana nos hemos acercado y cada vez con mejor conocimiento recíproco; gracias a ella, también, se ha hecho más y más patente la corriente fraternal que hoy nos anima y se abre paso la idea de que América Latina unida tome la posición que le corresponde en los Festivales y demás reuniones internacionales que periódicamente tienen lugar en el mundo. Tal vez nuestros países no estén tan desarrollados como con optimismo podríamos imaginar, pero tampoco las obras con que podemos contribuir al acervo internacional son tan escasas como a menudo se cree, ni en forma alguna inferiores a la buena contribución de los países de donde provienen las raíces de nuestra cultura. Esta conciencia general que nos hemos formado escuchándonos, ya nos ha enterado de la realidad que teníamos; ahora nos corresponde presentar severamente escogidas, las mejores obras que se vayan produciendo y, a través de Festivales cada vez más exigentes, demostrar que la universalidad del movimiento musical de hoy no ha dejado a América Latina en la penumbra en que parecía vivir. Este será un servicio considerable que debemos a una nación latinoamericana, Venezuela, al doctor Inocente Palacios y a los miembros de la Institución Lamas, al Gobierno del país hermano y a todos los generosos benefactores que contribuyen a poner en pie los Festivales de Caracas.

D. S. C.